



POESÍA

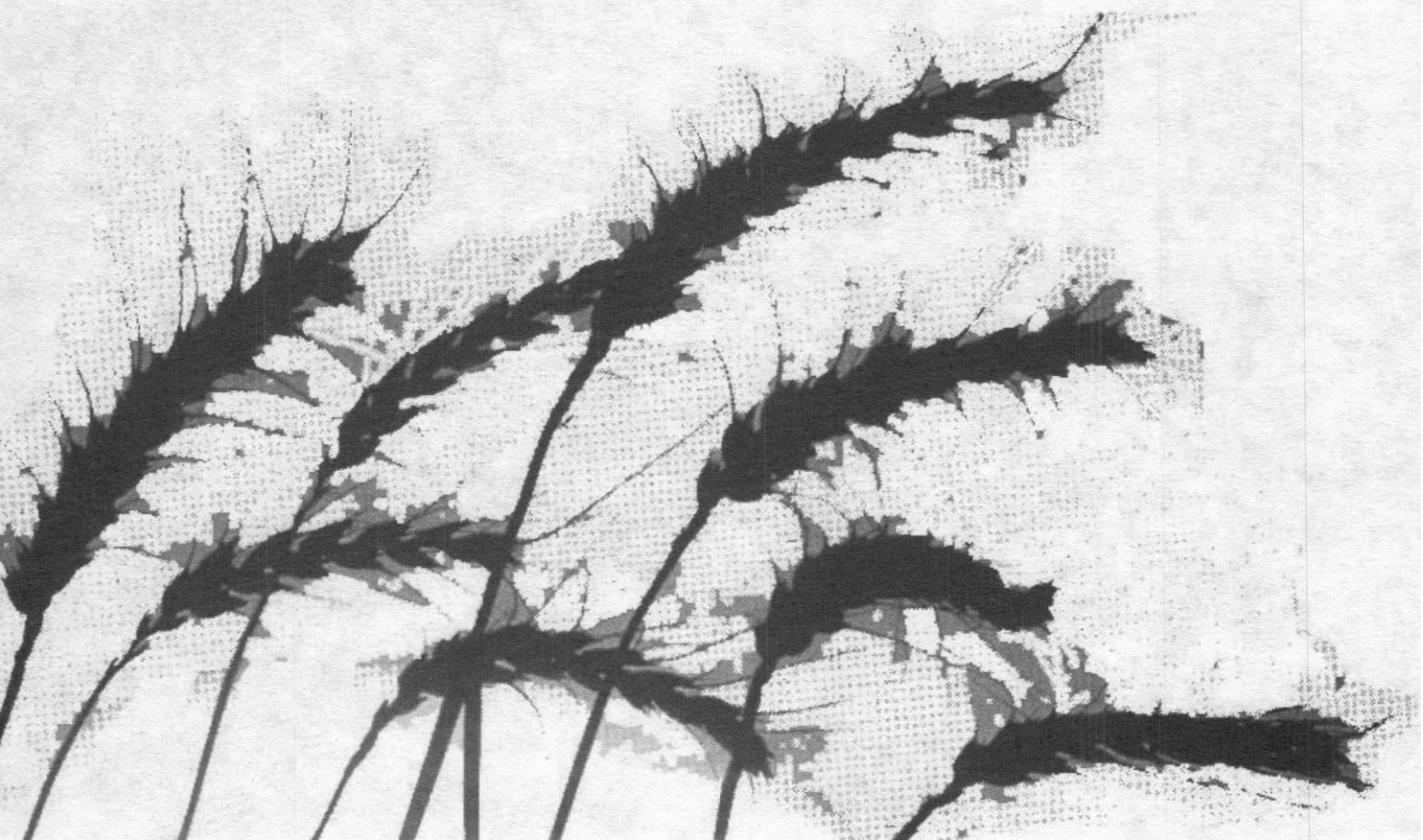
BOEPIA


Diez sonetos al pan,
a sus hacedores y
comensales*

ALVARO MIRANDA

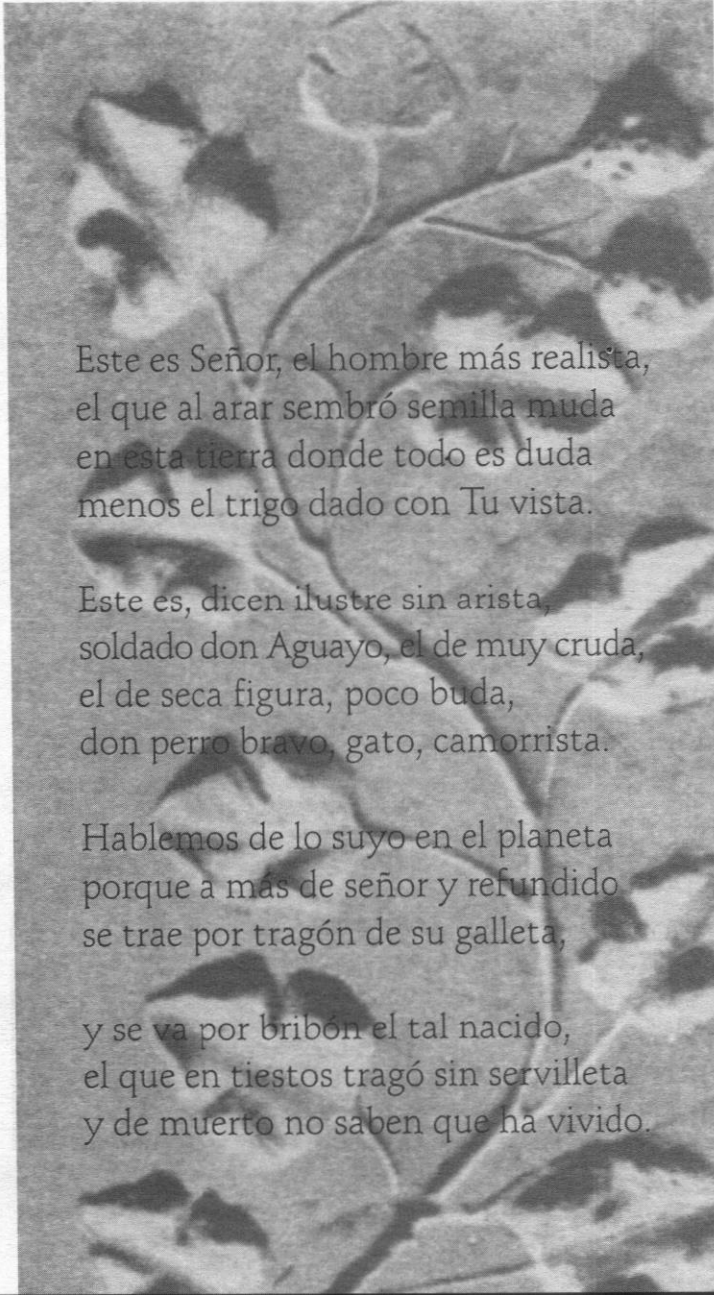
Poeta colombiano

*Premio Nacional de Poesía, 1998





oneto a la memoria de don
Jerónimo de Aguayo, de
quien se dice fue el primero
que sembró semillas de oro,
trigo puro en este virreinato y de quien
algunos ahora nos acordamos por haber
realizado la proeza agrícola.



Este es Señor, el hombre más realista,
el que al arar sembró semilla muda
en esta tierra donde todo es duda
menos el trigo dado con Tu vista.

Este es, dicen ilustre sin arista,
soldado don Aguayo, el de muy cruda,
el de seca figura, poco buda,
don perro bravo, gato, camorrista.

Hablemos de lo suyo en el planeta
porque a más de señor y refundido
se trae por tragón de su galleta,

y se va por bribón el tal nacido,
el que en tiestos tragó sin servilleta
y de muerto no saben que ha vivido.

¿Qué piedra con fragor en macerado
ha roto los ensueños de la espiga?
¿Qué trigo de trenzada luz en miga
ha dado su blancura al resobado?

Es el mismo que hiciera su dorado
con el fruto de ayer y fray lo diga
por cargar y moler y se bendiga,
al no ser un ladrón con lo logrado.

Por ello al machacar lo voluptuoso,
se oye el grano de dulce que trepida:
canto del buen romper en lo armonioso.

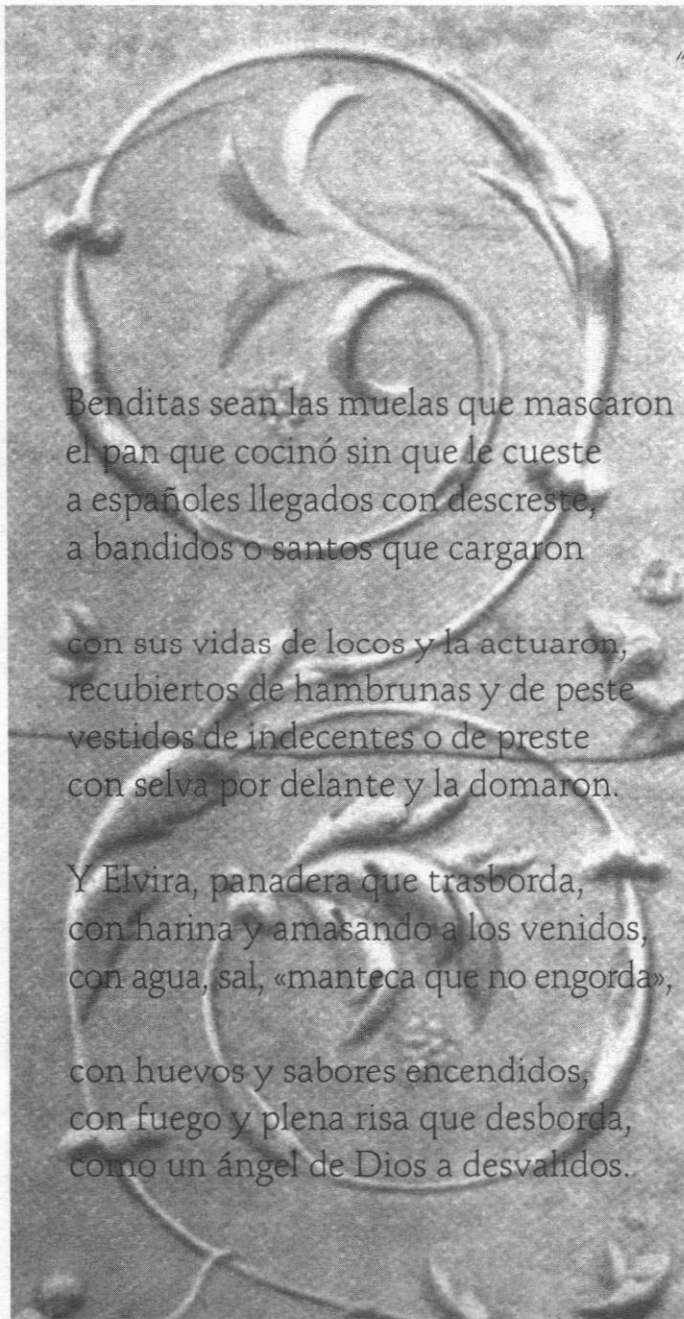
Sin embargo, Brizeño en la movida
de agua y molino escucha lo suntuoso:
dinero que don trigo da en molida.

soneto a la memoria de don
Pedro Brizeño, quien
instalara el primer molino de
piedra en tierras de muiscas,
criollos y chapetones y donde a decir de Fray
Pedro Simón por primera vez se molturó el trigo
que sembrara el mencionado Aguayo.



Soneto a la memoria de doña
Elvira Gutiérrez, la primera
panadera llegada de España
que horneó en este virreinato,
joven esposa del capitán
Juan Montalvo, de quien las malas
lenguas dicen que no tuvo hijos por
ocuparse en alimentar con pan a
muchos que mendigaban en la colonia.

*"Se reza en la Capilla del Humilladero y se
empiezan a dorar las primera espigas"*
Germán Arciniegas.



Benditas sean las muelas que mascaron
el pan que cocinó sin que le cueste
a españoles llegados con descreste,
a bandidos o santos que cargaron

con sus vidas de locos y la actuaron,
recubiertos de hambrunas y de peste
vestidos de indecentes o de preste
con selva por delante y la domaron.

Y Elvira, panadera que trasborda,
con harina y amasando a los venidos,
con agua, sal, «manteca que no engorda»,

con huevos y sabores encendidos,
con fuego y plena risa que desborda,
como un ángel de Dios a desvalidos.

S

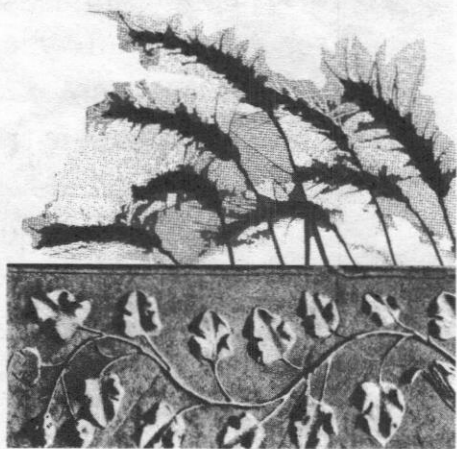
oneto a la memoria de una que escapada de su casa de Tunja, quería sin dote ser monja en las clarisas, llamada sor Francisca Josefa del Castillo, quien en obligada dieta, dice la historia de 1689, llevaba a su boca por único sustento pétalos de rosas del jardín del convento, mientras al cielo y a su claustro subía el aroma a pan que horneaba el panadero vecino.

Nada. Sólo Dios Trino Uno y Creador.
Y el pan bendito como aroma al día,
regado desde el cielo que lo envía
en brisa al vuelo tácito de amor.

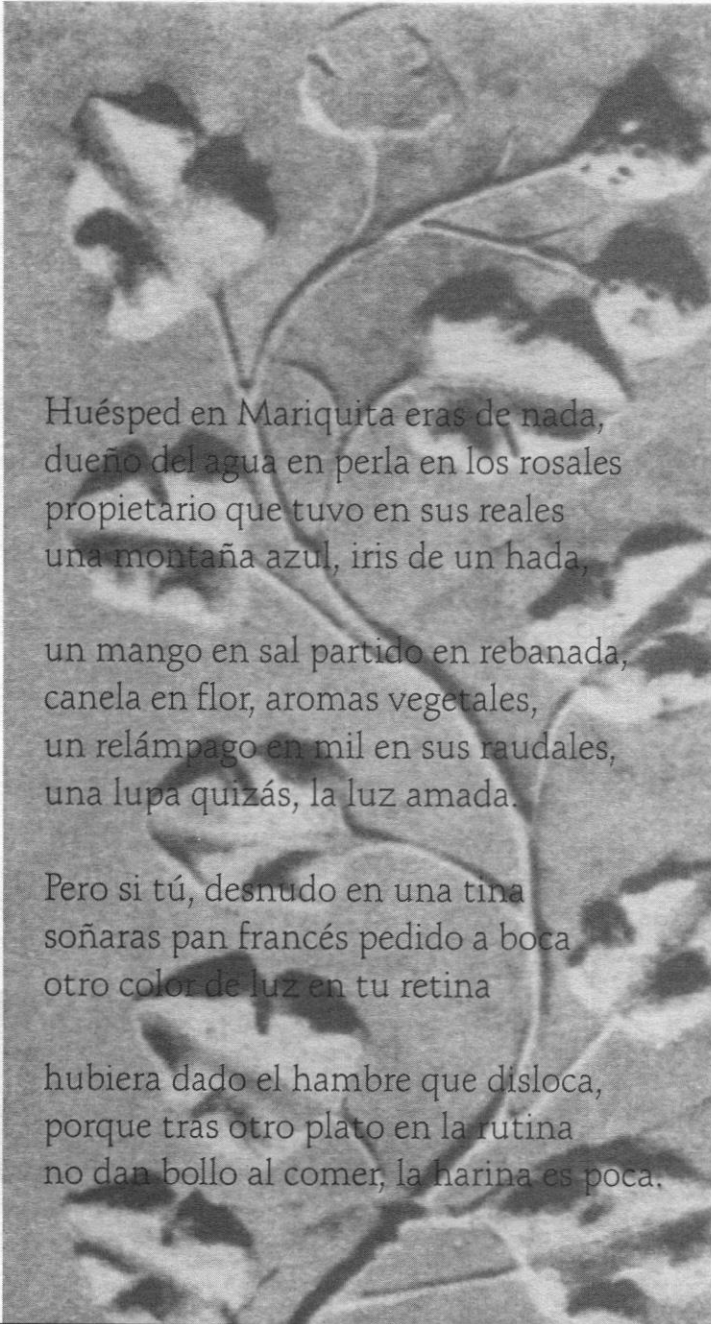
Y es porque tenue, muy gota ante el Dador,
estela que al soñar navega pía,
nube tal vez, cristal de noche fría
en ese levitar sobre el candor.

Está callada, al aire, tan menuda,
de marea susurrando sobre el alma:
es ella pura flor del hambre muda.

¿Qué reinos del aroma llegan? Palma
que bate el panadero que no duda
en hornear dulce pan entre la calma.



Soneto a la memoria de don José Celestino Mutis, quien desnudo en su tina de la ciudad de Mariquita hacía cálculos sobre la quina, mientras deseaba comer pan con mantequilla.



Huésped en Mariquita eras de nada,
dueño del agua en perla en los rosales
propietario que tuvo en sus reales
una montaña azul, iris de un hada,

un mango en sal partido en rebanada,
canela en flor, aromas vegetales,
un relámpago en mil en sus raudales,
una lupa quizás, la luz amada.

Pero si tú, desnudo en una tina
soñarás pan francés pedido a boca
otro color de luz en tu retina

hubiera dado el hambre que disloca,
porque tras otro plato en la rutina
no dan bollo al comer, la harina es poca,

Tú sabes sacar risa, miedo y llanto
querida Manuelita en tus locuras,
tú y tus almojábanas muy puras
tú y tu leche salada con espanto.

Dios te bendiga desde el mismo canto
porque fuiste salvada en las alturas
con tu pan, oro *al dente*, dado a curas,
el que amasado donaste como un manto

a conventos, a beatas (mal olor)
a diablos, a los pobres, a quimeras,
a aquello que brillara con ardor.

Amarillo sea todo, con más veras
y así querida, tengas el honor
de revolver ponqué con primaveras.

S

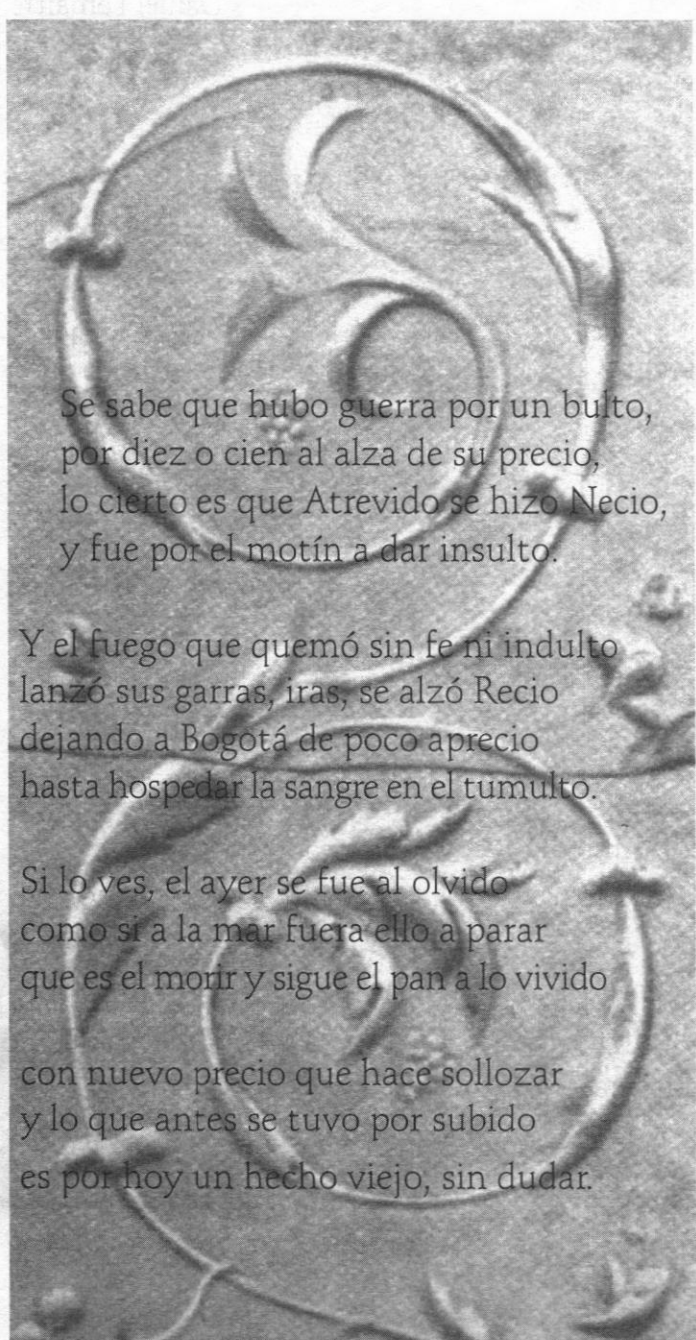
oneto a la memoria de
Manuelita Sáenz el día en
que el científico Jean
Baptiste Boussingault,
en la población de Guaduas, evitó con
un tazón de leche que un oseño acabara
con sus pezones, pues por perversión
y hambre mamaba sobre la libertadora
del libertador, sin que ella dejara de ser
la misma mujer apasionada que aprendiera
en quito a hacer pan y helado con
las monjas.

"Tú sabes sacar risa, miedo y llanto"

Francisco Quevedo.



Soneto a la memoria del
motín del pan, acaecido
en Bogotá la noche del
sábado 23 de enero de
1877, cuando culparon al molinero
Joaquín Sarmiento de las alzas que se
sucedian.



Se sabe que hubo guerra por un bulto,
por diez o cien al alza de su precio,
lo cierto es que Atrevido se hizo Necio,
y fue por el motín a dar insulto.

Y el fuego que quemó sin fe ni indulto
lanzó sus garras, iras, se alzó Recio
dejando a Bogotá de poco aprecio
hasta hospedar la sangre en el tumulto.

Si lo ves, el ayer se fue al olvido
como si a la mar fuera ello a parar
que es el morir y sigue el pan a lo vivido

con nuevo precio que hace sollozar
y lo que antes se tuvo por subido
es por hoy un hecho viejo, sin dudar.

Soneto a la memoria de un panadero cubano que en la Cartagena de comienzos de siglo tenía mil pájaros cantores y en ninguna parte cantaban con una caja de resonancia mejor que en los anchos corredores tupidos de helechos y enredaderas.

"Y así era la casa de don José Troncoso en la calle Badillo".

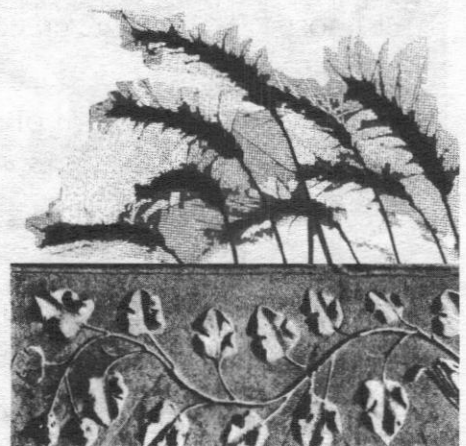
Daniel Lemaitre.

Se cuela un bosque en música vecina,
húmedo labio que la noche entrega:
es el viento llegado de la vega,
el que cuece sabor en la cocina.

Se desliza un soñar, toda una encina,
mil pájaros que cantan y navega
la aurora en su remar y se refriega
en los barriles blancos con harina.

¿Qué pan va en el crecer de medialuna,
qué lento insomnio leva en el fermento?
hay masas de silencio, tibia cuna,

el grito de una negra contra el viento:
"Hay que amasar sabor en la Matuna,
mucho pájaro sin pan pide sustento".
Hay un tren que pita tras la lid sangrienta,



Soneto a la memoria de la
huelga de los panaderos,
acaecida el 7 de
diciembre de 1919, cuando
se apagaron todos los hornos por orden
de la “sociedad panificadora de Bogotá”.

sonar que se azuzó por valentía
en el largo correr del largo día
tras el paro de un dar que ya no alienta.

Enjuague de violencia que revienta:
cae goterón de lluvia en el tranvía,
sin pan retorna a casa, hoy es el día,
tristeza de mujer, de la sirvienta.

Deja llevar mi voz hasta los sueños:
la harina sin amase se detuvo
ya se acabó el calor entre los leños.

No hubo pan que nombrar, nada se tuvo,
ceniza tal vez caída sin empeño,
muerte gris en la vida que retuvo.

Soneto a la memoria de los
sucesos de Chiquinquirá,
acaecidos el 25 de
noviembre de 1967, cuando
murieron envenenados sesenta y un
colegiales y cuatro adultos por haber
llevado las parcas folidol.

No lo hizo el panadero, sí el transporte,
el veneno que cayó sobre la harina
y fue nieve la muerte, luz muy fina
la que cazó a los niños por su porte.

Nunca vale una muerte cuando al corte
llega y toma camino por la esquina,
nunca vale si arrastra la mezquina
esa voz que no anuncia al picaporte.

Que la muerte es fea aunque trote blanca,
aunque lleve fijado trigo al alma
porque lazos afloja y deja manca

la carrera infantil de no hacer calma,
aunque el adulto espera en corta banca
el turno de colgar su propia enjalma

